

Es la energía que nos mueve

“He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” - Ap 3,20.

Fray Enrique Arenas Molina, OAR
Rector Uniagustiniana

Ambientación

“Pedro dijo a Jesús: Tú sabes que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué nos tocará a nosotros?” (v.27). Sin duda, que juzgara ser una pregunta muy cercana a nuestra realidad, que busca la seguridad de ciertos premios al optar por tal o cual camino a seguir a Jesús. Siendo la energía que nos mueve a dar el paso único y definitivo para cumplir nuestra vocación.

En la Biblia hallamos diferentes casos vocaciones y estilos de llamados: Vocación simboliza que es la inclinación que una persona siente para dedicarse a un modo de vida, y puede estar relacionada tanto con lo profesional (trabajo, carrera) como con lo espiritual. La palabra, como tal, proviene del latín *vocatio*, *vocatiōnis*, que significa ‘acción de llamar’. En nuestra vocación intervienen muchos aspectos: Nuestros gustos e intereses, las cosas que nos reconfortan y nos causan curiosidad, las habilidades que tenemos o que hemos aprendido, así como nuestra personalidad, nuestra forma de ser y de actuar, de asumir y enfrentar las cosas. Cuando pienso en mi vocación no temo a la vida.

Nada me trae más felicidad que tratar de ayudar a las personas más frágiles. Es un objetivo y una parte esencial de mi vida, una especie de destino. De esta manera, sé aquello para lo que has nacido. Dejar que cada cual se entregue a la práctica de aquella profesión que conozca bien. Así como todos los escritores nacen, ninguno se hace. Es en la lucha donde descubro mi verdadera vocación. Una vocación es algo que haces porque lo amas. Todo el mundo debería tener como proyecto, meta y plan realizar su vocación, como el curioso caso de Benjamin Button: “Algunos nacen para sentarse junto a un río, a algunos les cae un rayo, algunos tienen oído para la música, algunos son artistas, algunos nadan, algunos entienden de botones, algunos saben de Shakespeare, algunas son madres y otras, bailan”.

Ustedes que me han seguido, recibirán cien veces más. Tal cual se oye en la cotidianidad. Ya que, todo lo que se necesita está en tu interior. En un cambio interior se trata de darle la vuelta a algunos aspectos que componen nuestro 'yo' actual, la relación con mi yo. Lo que creemos que somos. Sí, has leído bien: Lo que 'creemos'. Hemos ido, a lo largo de nuestra vida, teniendo una serie de experiencias que han definido nuestros gustos e intereses personales. Todo esto nos ha ido programando, y a día de hoy miramos el resultado de todos esos programas instalados, y nos decimos 'este soy yo'.

Levántate cada mañana y convéncete de que puedes hacerlo. Sí. Me prometen el ciento por ciento. ¿Podré alguna vez sobrepasar a Dios en su generosidad? Paso algún tiempo conectándome con la profunda gratitud que siento por todo lo que he recibido de Dios, y pido la gracia de saber cómo transformar mi gratitud en confianza.

“Pedro dijo a Jesús: Tú sabes que nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido. ¿Qué nos tocará a nosotros? Jesús les respondió: Les aseguro que, en la regeneración del mundo, cuando el Hijo del hombre se sienta en su trono de gloria, ustedes, que me han seguido, también se sentarán en doce tronos, para juzgar a las doce tribus de Israel. Y el

que a causa de mi Nombre deje casa, hermanos o hermanas, padre, madre, hijos o campos, recibirá cien veces más y obtendrá como herencia la Vida eterna” (Mt 19,27-29).

Seguir siendo como soy es lo único que tengo. Si luchas puedes perder, si no luchas estas perdido. La opción esencial, la autenticidad, la conciencia, los estados de ánimo, los dones y las cualidades, corren un riesgo grave sin esta formación de la voluntad. Por eso la fuerza de voluntad es la capacidad de energía que tenemos las personas para llevar a cabo un plan de acción o cumplir nuestras metas. Se trata del motor que nos ayuda a renunciar a un bien pasajero teniendo en cuenta un bien mayor futuro, por ejemplo, dejar de salir con los amigos para poder completar un trabajo que debemos entregar rápido. Es decir, es la fuerza que nos permite renunciar a algo que en el momento nos apetece, pensando en los beneficios que esto nos puede traer.

Esto lo sentimos a veces: todo está en tu interior. Es la energía que nos mueve. Es la pregunta interna de Pedro por el cuánto nos tocará, el Señor la transpone en el cuánto más de Dios. No se trata de cuánto materialmente nos corresponderá a los que siguen a Jesús, sino del cuánto más que es Dios con nosotros. El seguimiento de Jesús tiene ya su tesoro en frente, a Jesús mismo. La sobre abundancia de Dios consiste ajustadamente en gozar con Él para siempre en la Gloria. Algunos sueñan con el éxito mientras otros se levantan y lo llevan a cabo. El gran riesgo que se corre a veces en la vida es el de no descubrir el tesoro inmenso que significa estar con Jesús, tú que los has dejado todo por los criterios del Evangelio, ¿cómo disfrutas de la presencia de Jesús, el Maestro fiel en tu vida?

Es obvio, que esa energía que nos mueve a veces no se entiende. No sé dónde está el límite, pero si se dónde no está. Somos llamados a una vocación específica, desde donde puede responder al amor de Dios, construyendo su reino en la tierra. Es un compromiso que se asume de manera consciente por medio de una opción de vida. Solo

aquellos que se arriesgan yendo lejos pueden encontrar lo lejos que pueden llegar. “Creo que la voluntad es el principio. El principio para seguir adelante, como si tuvieras la confianza de tu parte, definitivamente ella viene cuando miras hacia atrás y ves lo que has logrado”, formula: Robert Downey Jr. Es, pues, la energía que nos revuelve y ha dado origen a todo lo que conocemos hecho por el ser humano. No es más fuerte quien llega primero, sino quien disfruta más de lo que hace. No pienses que lo eres. Sabes que lo eres. Si todo lo que hemos venido diciendo son las raíces, el tronco, las ramas y los frutos del árbol de la personalidad madura, ahora hablaremos de la tierra en que ésta germina, crece y da fruto.

Por fin me ve como soy en realidad. Revive quién eres, pues, la voluntad es la facultad que nos permite transformar nuestras ilusiones en hechos. Por eso es el ámbito normal en el que se desarrollan los proyectos de vida. Ella es la pieza clave del edificio de la personalidad. Desde un punto de vista natural, el valor de un hombre depende en gran parte de cuánto haya logrado formar esta facultad de su personalidad. Ella, con la gracia de Dios, forma el eje de todo empeño espiritual, humano, apostólico e intelectual del hombre.

Si un hombre sin ideal es un pobre hombre, podemos decir que un ideal sin formación de la voluntad es una fantasía.

A veces me descubro pensando que Dios debería cuidarme mejor. Hoy escucho a Pedro expresando la misma queja y recibiendo una gentil respuesta de Jesús. Los salmos están llenos de quejas, como también el libro de Job. ¿Me contengo de abrir mi corazón a Dios o me siento libre, como Pedro, para quejarme? Miro mi corazón y veo que algunas partes de mi corazón están más abiertas a la palabra de Dios y otras la encuentran más difícil. Sigo el consejo de Jesús y escucho las palabras que me está diciendo.

Especifiquemos en este momento algunos puntos esenciales de la reflexión que vamos a trabajar en este apartado, ya que, esfuerzo no es intentarlo, es hacerlo:

1. Todo está en tu interior
 - a. Dios te está llamando
 - b. Qué significa ser llamado
 - c. Reconocer la voz de Dios
2. Tienes que hacer aquello que amas
 - a. Isaías
 - b. Jeremías
 - c. Amós
3. Lo hemos dejado todo
4. Un ejemplo a seguir
5. Que cada cual se entregue
 - a. Vale la pena
 - b. Tomar la decisión

Varios debates filosóficos han originado la voluntad ya que está vinculada a lo que se desea realizar y al entendimiento de las razones por las cuales un sujeto escoge hacer eso. Por lo tanto, la voluntad tiene relación con el libre albedrío y al poder de elegir de la conciencia, el sentimiento y la acción. Algo elegido por propia voluntad no es obligatorio por un impulso externo. Un hombre que renuncia a su trabajo ya que no estaba conforme con los escenarios, está actuando según su voluntad. En cambio, un hombre que deja su trabajo por las influencias de su mujer, por ejemplo, no está respetando su voluntad.

1. Todo está en tu interior

El itinerario a la felicidad está en Dios, en nuestro interior; sólo hace falta que exaltemos: ¡Nos hiciste para Ti y nuestro corazón está inquieto hasta que descansa en Ti! (conf. 1,1,1). En el interior está lo que necesitas para salir de cualquier situación que la vida te presente. Solo hay que hacer aquello que amas y no te preocupes, solo cae

quien está de pie. Los que en la vida han caído, es porque probablemente se han arrastrado parte de su vida. El hombre encuentra una energía en el interior que lo mueve y no se da cuenta de sus propias fuerzas hasta que se enfrenta con su fragilidad: Solo aquellos que se aventuran yendo lejos pueden descubrir lo lejos que pueden llegar. No podemos vivir sin ella, es decir, sin la energía que nos conmueve. Estará presente en el trabajo y en el hogar, en nuestras vidas y en nuestro caminar.

El conocernos a nosotros mismos es sustancial para extraer todo nuestro potencial.

Con frecuencia buscamos afuera todo lo que nos hace falta: Amor, aceptación, valor y apoyo. De pronto parece que lo encontramos en un trabajo, una pareja, o situación en particular, pero ¿qué pasa cuando se acaba, o cuando no obtenemos los resultados que esperábamos? Mendigamos hambrientos por el camino de la vida de reconocimiento y felicidad, sin darnos cuenta de que nada de eso lo encontraremos fuera de nosotros, sino en nuestro interior. Mientras no tomemos consciencia de ello continuaremos vagando sin rumbo, repitiendo patrones limitantes. Date cuenta de que todo lo que necesitas ya lo llevas contigo, basta con darle la oportunidad de salir.

La vida se vive desde adentro hacia afuera y no al revés. Mientras no aprendamos esto, nunca lograremos ser completamente felices porque es el desconocimiento del mundo interior lo que nos envuelve en la confusión, el conflicto y la tristeza. Malgastamos nuestra energía dándole poder a nuestros miedos, en lugar de confiar en la vida y recibir la plenitud que Dios quiere darnos y que nos pertenece.

La voluntad de Dios en nuestras vidas es una llamada a una vocación al amor. Cualquier persona sincera que quiera conocer la voluntad de Dios con respecto a su vida puede saberlo, pero esto es típicamente un proceso, no una revelación dramática. Quien teme perder ¡Ya está vencido! Con toda esta descripción realizada en el ejercicio de la voluntad, simplemente queda formular que son numerosos los

ejemplos y testimonios que hallamos en la Biblia que han ayudado a ser testigos de la vida de la Iglesia eligiendo y haciendo una elección, venciendo los obstáculos y logrando los planes y metas: Abraham, Moisés, Gedeón, Eliseo, Isaías, Jeremías, Ezequiel, Simón Pedro y san Pablo.

Si algo fuerte y divino hay en el hombre, es la voluntad, que nos lleva a afrontar cualquier obstáculo con el fin de lograr una meta trazada. De esta manera, para lograr grandes cosas contamos con elementos como el compromiso, la motivación y la valentía, y todos estos caracteres tienen que ver con nuestra interpretación de la realidad. Ya que, nadie sabe de lo que es capaz hasta que lo intenta. Cuando uno quiere, siempre puede, por eso en el consentimiento de la voluntad de Dios en nuestras vidas, hay que tener presente la formación de la voluntad y formación del corazón.

Robert Downey Jr., actor, actor de voz, productor y cantante estadounidense, dijo:

“ La voluntad es el principio para seguir adelante, como si tuvieras la confianza de tu parte, finalmente ella viene cuando miras hacia atrás y ves lo que has logrado. Y estoy convencido que vale la pena esa mirada en el retrovisor, porque la voluntad también es una conquista que renueva y empodera, por lo tanto, es valioso revisar nuestros logros a partir de haber puesto nuestra fuerza de voluntad en ello”.

Otra forma de entender la voluntad tiene que ver con el deseo o las intenciones de realizar alguna cosa: Tengo voluntad de retomar mi vocación de nuevo, mis estudios de arte, muchos me dicen que vuelva a intentarlo, pero ya no tengo voluntad. La energía puede ser el mandato o la orden de alguien: Se hizo la voluntad de mi padre y hemos comprado la casa, el entrenador decidió respetar la vo-

luntad del volante y no lo convocó para el próximo juego. Siendo la voluntad la energía que nos mueve y se acompaña de motivación e ilusión, de intentos pequeños pero tenaces, con la paciencia suficiente del que sabe que la perseverancia, tesón, esfuerzo y firmeza conducen a la meta.

En el ejercicio de nuestras vidas hay tres compromisos para tener presente:

a. Dios te está llamando

¿Cómo puedo estar seguro de que Dios me está llamando? Dios te llama, pero es a ti a quien le corresponde responder ¿Cómo sabes cuándo Dios te está llamando? Hay una norma sencilla en estos momentos y es cómo uno busca la afirmación cuando siente el llamado de Dios.

La agudeza de esta interpelación se puede hallar al pasar por un proceso por el cual ratificamos el llamado de Dios: A través del alineamiento de las circunstancias, impresiones de oración por el Espíritu Santo, el consejo de otros, reflexionando sobre nuestros deseos más profundos, analizar los pros y los contras de las decisiones y a través de la comprensión de la Biblia.

En ningún tiempo dudes de tu llamado, aunque otros no creen. Dios te eligió. En 1Tm 2,4 está escrito que “[Dios] quiere que todos los hombres sean salvos y vengan al conocimiento de la verdad” ¡Dios tiene un plan increíble, y Él quiere usarte! Él quiere salvarte, ayudarte a cambiar la vida, a una vida de verdadera paz y alegría. Él desea prepararte para la eternidad. Quiere usar tu vida para glorificar su nombre. Dios te está llamando. ¡Él te ama y quiere ayudarte!

Las cosas buenas pasan a quienes las esperan. Las mejores a quienes van por ellas.

Dios te está llamando no lo dejes esperar. Entonces, ¿cómo es que Dios te está llamando? Quizás conoces a alguien cuya vida según

Dios te desafía, o bien lees o escuchas algo que crea un anhelo de algo más. Quizás tratas de vivir una buena vida y reaccionar de buena manera, sin embargo, casi siempre te quedas corto, y en lo profundo sientes un vacío. Este es Dios que te está llamando. Él te está hablando, pero es a ti quien le corresponde responder.

En tu vida hay un llamado de Dios. En la carta a los hebreos 1,1-2 está escrito: “Dios, habiendo hablado muchas veces y de muchas maneras en otro tiempo a los padres por los profetas, en estos postreros días nos ha hablado por el Hijo”. Dios envió a su Hijo Jesús a la tierra como un hombre, donde experimentó las mismas tentaciones y pruebas que nosotros, pero jamás cedió ante el pecado. De este modo nos dejó un ejemplo a seguir. Ahora te pide que lo dejes entrar en tu vida, para guiarte, fortalecerte y ayudarte a vivir la misma vida en victoria. “He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo” (Ap 3,20).

Numerosas veces nos preguntamos cuál es la voluntad de Dios para nuestras vidas. Este llamado de amor es como un poderoso Imán que siempre tira en una dirección; que nos convirtamos por completo de todo lo que es malo, corrupto, de la maldad y el egoísmo (el pecado), hacia Jesucristo el Hijo de Dios, a seguir su ejemplo y llegar a una vida de justicia, paz y alegría. Pero la elección es tuya, ya que Dios te ha dado una voluntad libre.

¡No sé cómo abrirle el corazón a Dios! Aprender abrir el corazón a Jesús, el Maestro fiel es una decisión donde dejas de vivir por completo por ti mismo y das a Él todo el control, como tu Señor y Salvador. Saber que Jesús está todo el tiempo, pacientemente, casi rogando que le abramos el corazón, es desgarrador. Es una decisión que cambia tu vida totalmente. No necesitas seguir pecando, perder la calma, irritarte u ofenderte. Jesús vino para salvarte, y preparar un camino para salir de todas estas cosas, y Él quiere guiarte en esta fantástica nueva vida paso a paso, si realmente quieres responder su llamado.

Cada uno tiene sus propias razones para abrir o no el corazón a Dios. Solamente para mencionar algunas, puede ser, desde la educación y formación que recibimos en la familia, las amistades que tuvimos desde la infancia o el mundo con sus falsas propuestas. Sin mencionar posibles traumas y problemas familiares que tuvimos en el pasado. La respuesta no es fácil. Implica muchas variables. Cada uno tiene sus propias razones para abrir o no el corazón a Dios.

No dejes que nada te imposibilite tomar la elección más importante en la vida, abre la puerta de tu corazón a Jesús en el momento mismo. Juan había expresado este acontecimiento con las siguientes palabras: “Tanto amó Dios al mundo, que entregó a su Hijo único, para que todos los que creen en Él tengan vida eterna” (Jn 3,16).

La fe en Dios. Él nunca abandona. El amor de Dios es nuestra bendición, nuestro mejor don, es vivir con la seguridad de que alguien nos ama más que nosotros mismos. Confía en Dios en los momentos buenos y en los difíciles. Poniendo el amor en el centro, ha asumido lo que era el núcleo de la fe de Israel, dándole al mismo tiempo una nueva profundidad y amplitud.

Amar es un regalo de Dios que se entrega. Fuerza y sabiduría de Dios. Jesús, haciendo de ambos un único precepto, ha unido este mandamiento del amor a Dios con el del amor al prójimo, contenido en el Libro del Levítico: “Amarás a tu prójimo como a ti mismo” (Lv 19,18). A punto que es Dios quien nos ha amado primero, ahora el amor ya no es sólo un mandamiento, sino la respuesta al don del amor, con el cual viene a nuestro encuentro.

b. Qué significa ser llamado

Nunca es tarde para regresar a Dios, Él te está esperando y te ama aún en tus peores momentos. Ser como Cristo se convierte en nuestro programa de vida. En Él encontramos el modelo de hombre perfecto, del amor realizado en la entrega y en la donación sincera de

sí mismo a los demás. Amar es cumplir sus mandamientos; recorrer siempre el camino concreto que, en muchas ocasiones se hace estrecho y cuesta arriba por el peso de la cruz.

Dios desea que sus llamados a salir del mundo también lleguen a ser sus escogidos. ¿Qué significa ser llamado y escogido? No se reduce sólo, a aquella primera llamada por la que fuimos creados y destinados a ser como Cristo. Dios continúa llamándonos todos los días, en cada momento va explicitando las exigencias de esa llamada original que resuena como un eco en nuestro corazón.

Como resultado de nuestro ser creyente, gozamos de un verdadero banquete de bendiciones: el don del bautismo por el cual podemos llamar a Dios Padre y en consecuencia también somos llamados a ser hijos de la Iglesia, entramos a formar parte de la familia de Dios y herederos del cielo; los sacramentos de la confirmación, la eucaristía y de la reconciliación; el alimento de la palabra de Dios en la Biblia, la liturgia, la comunión de los santos; la ayuda de los sacerdotes; las enseñanzas y el ejemplo del Papa.

Conocer la voluntad de Dios es la sabiduría más elevada. Numerosas veces nos preguntamos cuál es la voluntad de Dios para nuestras vidas. ¿Existe realmente tal cosa como el llamado o es algo ficticio? ¡Cuántas voces de Dios, a través de la vida de todos los días, del encuentro casual con una persona, de una conversación, de una lectura, de una experiencia! ¡Cuántas lecciones nos manda Dios a través del sufrimiento y de las enfermedades, instrumentos eficaces de purificación y de desprendimiento interior, que ayudan a aferrarnos únicamente a Dios y a lo eterno! Somos exhortados a buscar la voluntad del Señor.

Al reconocer la voz de Dios, el llamado de Dios es importante escucharlo y de esta manera cumplir la voluntad de Dios que en definitiva sería realizar nuestra vocación al amor.

“

Antes de formarte en el seno de tu madre, ya te conocía; antes de que tú nacieras, yo te consagré, y te destiné a ser profeta de las naciones” (Jr 1,5).

Dios me ha llamado. La vocación es un signo decisivo del amor de Dios. La vocación no la establece mi respuesta sino el toque de Dios, su llamada “me sedujiste, Señor, y me dejé seducir” (Jr 20,7). Esa relación con Dios acontece de diversas maneras: A veces el llamado es más cognitivo; a veces vemos una gran necesidad en nuestra vida y reconocemos que Jesús es la respuesta; a veces es una experiencia emocional; o el ejemplo y testimonio de un amigo que nos convence de que el Evangelio es verdadero. Agustín de Hipona, dice: “Nadie cumple la ley sino por la gracia del Espíritu Santo” (s. 8,17). Puede ser tu experiencia de que Dios te use en el servicio, o meramente un intenso deseo de servir a Dios.

c. Reconocer la voz de Dios

¿Cuál es la clave para escuchar la voz de Dios? Cómo escuchar la voz de Dios ¿Cómo podemos reconocer la voz de Dios? Esta interpelación ha sido hecha por muchísimas personas a través de todos los tiempos. El ejemplo, lo tenemos con Samuel, escuchó la voz de Dios, pero no la reconoció hasta que fue instruido por Elí (1Sm 3,1-10). Para que nuestro llamado no sea demasiado personal, la Biblia refrenda un componente comunitario de nuestro llamado. Otros en el cuerpo de Cristo deberían reconocer su llamado y afirmar que Dios lo está guiando al servicio.

Al reconocer la voz de Dios dejamos que sea Dios quien vaya formando toda nuestra persona, nuestro entendimiento, voluntad y sentimiento. Que nuestros pensamientos sean siempre acordes con el pensar de Dios, entrando cada vez más hondamente en la manera propia de Jesús de ver las cosas; que nuestras acciones vayan siempre dirigidas a agradar a Dios, que nuestros mismos sentimientos sean como los de Cristo.

José, el artesano de Galilea, un hombre como tantos otros. ¿Qué puede esperar de la vida un habitante de una aldea perdida, como era Nazaret? Sólo trabajo, todos los días, siempre con el mismo esfuerzo. Al acabar la jornada, una casa pobre y pequeña, para reponer las fuerzas y recomenzar al día siguiente la tarea. José, era un hombre corriente, en el que Dios se confió para obrar cosas grandes. Supo vivir, tal y como el Señor quería, todos y cada uno de los acontecimientos que compusieron su vida. Por eso, la Biblia alaba a José, afirmando que era justo.

En el lenguaje hebreo justo quiere decir piadoso, servidor impecable de Dios, cumplidor de la voluntad divina; otras veces significa bueno y caritativo con el prójimo. En una palabra, el justo es el que ama a Dios y demuestra ese amor, cumpliendo sus mandamientos y orientando toda su vida en servicio de sus hermanos, los demás hombres.

Hay que imponer nuestra voluntad a nuestras debilidades. El porvenir de un hombre no está en las estrellas, sino en la voluntad y en el dominio de sí mismo. Con fuerza de voluntad se puede hacer cualquier cosa. Siendo importante formar bien la voluntad, es preciso saber en qué consiste una voluntad bien formada.

Agustín de Hipona,
dice: "El precio
del hombre es su
voluntad".

2. Un ejemplo a seguir

La felicidad es la vocación del hombre. El guerrero no se rinde ante lo que le apasiona, encuentra el amor en lo que hace por su aptitud. Al hablar de vocación personificamos que es la tendencia a cualquier estado, carrera o profesión. Que la palabra procede del latín *vocatio* y, para los religiosos, es la inspiración con que Dios llama a algún estado. Por eso el concepto también se utiliza como sinónimo de llamamiento o convocación. A nivel general, la vocación aparece relacionada con los anhelos y con aquello que resulta inspirador para

cada sujeto. Se supone que la vocación concuerda con los gustos, los intereses y las aptitudes de la persona.

Dios es el que llama por su gracia. Un ejemplo a seguir. Ninguno congrega las condiciones para ser llamado por méritos propios. Ni siquiera al Apóstol Pablo, que ha sido el genio teológico más grande de todos los tiempos, se atrevió a presumir de sus capacidades y servicio. Él expresó con sincera modestia:

“ Pero por la gracia de Dios soy lo que soy; y su gracia no ha sido en vano para conmigo, antes he trabajado más que todos ellos; pero no yo, sino la gracia de Dios conmigo” (1Co 15,10).

Esa perspicacia de la gracia de Dios, eligiendo a una persona para una tarea explícita, es el pasaporte para entrar en un servicio abnegado, con plena certidumbre de que nuestra debilidad innata no va a impedir que hagamos nuestra parte con éxito.

Dios es el que llama. Sabemos que el llamado de Dios tiene tres elementos fundamentales que no debemos ignorar, a saber: La llamada, la respuesta y la misión.

- **Llamada:** Es un regalo de Dios que nos da a todos los hombres y personalmente desde nuestra realidad. Esta llamada es iniciativa de Dios, gratuita y amorosa, es personal, por lo tanto, es única.
- **Respuesta:** Es la disponibilidad ante Dios que llama. Esta respuesta debe de ser personal, libre, consciente y responsable, para que la persona desarrolle un compromiso total al seguimiento de Jesús.
- **Misión:** Es la tarea que el Espíritu nos encomienda. La misión toma rasgos específicos de cada uno de los convocados de la Iglesia y en las diversas situaciones históricas, siempre en orden

a construir el reino de Dios en el mundo. La misión se desarrolla en la sociedad.

Dios es infinitamente bueno y todas sus obras son buenas. Cuando Dios llamó a Moisés desde la zarza ardiente y le mandó a sacar a Israel de Egipto, Moisés ofreció razón tras razón de por qué no era el hombre para este encargo. Dijo: “¡Ay, Señor! envía, te ruego, por medio del que debes enviar” (Ex 4,13). Sin duda, Moisés estaba a favor de la idea de liberar a Israel, pero no entendía como él, un pastor de 80 años podía ser de alguna ayuda a Dios para realizar este servicio.

Hay tiempos en que cada uno de nosotros se siente incapaz de hacer lo que Dios pide que hagamos. Pero lo cierto es que Dios conoce nuestras fortalezas y debilidades mejor de lo que nosotros nos conocemos a nosotros mismos, ¡y puede ser una sorpresa ver lo que podemos hacer cuando finalmente decidamos ponernos de pie y tratar de hacer lo que Él nos dice! En vez de tener la actitud que dice, envía a alguien más, adoptemos la actitud que dice: ¡heme aquí, envíame a mí!

Hay momentos en que nos sentimos incapaces de hacer lo que Dios espera de nosotros. Moisés tuvo temor de que no pudiera responder las preguntas del pueblo, de que ellos no creyeran en él y de que él fuera torpe con sus palabras. También pensaba que su oportunidad de liberar al pueblo ya había pasado. De niño, fue educado en la sabiduría de los egipcios. Incluso pensó en cierto tiempo que Dios usaría su posición noble para liberar a su pueblo de la esclavitud, pero cuando esto no sucedió, Moisés huyó a Madián y se convirtió en un pastor de ovejas.

Cuando Dios le llamó para liberar a Israel, él tenía 80 años, no tenía audiencia en la corte de Faraón y probablemente había olvidado mucho de lo que había aprendido en su juventud. Entonces Moisés pensó que otra persona era más apta para el trabajo. Preguntó a Dios: ¿Quién soy yo? Tal vez puede sentirse inepto para el trabajo que Dios tiene preparado. Tal vez siente que ya ha pasado la plenitud de su vida o que otra persona es más apta para el compromiso. Pero consi-

dere el hecho de que Dios no llamó a Moisés cuando Moisés pensaba que estaba listo; le llamó cuando se sentía débil, ya que era entonces cuando Dios podía mostrar mejor su propia fuerza. Lo único que necesitas es recargar tu fuerza de voluntad.

Quien tiene la voluntad tiene la fuerza. Hay que darnos cuenta de que Dios sabe nuestras capacidades mejor de lo que nosotros las conocemos. Dios nunca dudó del éxito de Moisés, ya que Él estaría con Moisés. Moisés no pensó que podía ser persuasivo, pero llegó a ser uno de los hombres más persuasivos de la historia humana. Otros ejemplos, Gedeón también se sintió inepto, pero Dios le dijo: Ciertamente yo estaré contigo. Jeremías se sintió inepto, pero Dios le dijo: Contigo estoy. ¿Es bueno presentando excusas? Adoptemos la actitud que dice: ¡heme aquí, envíame a mí!

Si vamos donde
Él nos envía, ¡Él
irá con nosotros y
los resultados nos
sorprenderán!

3. Tienes que hacer aquello que amas

“El conocer a los otros es sabiduría. Conocerse a sí mismo es sabiduría superior. Imponer su voluntad a los otros es fuerza. Imponérsela a sí mismo es fuerza superior”, señala: Lao-Tse. Uno de los filósofos más relevantes de la civilización china. La persona en su formación integral debe trascender en cada momento y situación lo que encanta a Dios. Esto no es algo evidente o espontáneo; por el contrario, debe poner todos los medios para descubrir por sí mismo lo que es voluntad de Dios.

Los límites, como los miedos, a menudo son solo una ilusión. Hay que estar siempre disponibles a las invenciones de los espacios nuevos: no es el cumplimiento de una norma lo que agrada a Dios, sino la búsqueda personal de su voluntad. La abstinencia de la ley ha sido superada por Cristo y estamos en el régimen de la gracia. Lo significativo es que la novedad y las posibilidades del Evangelio alcanzan

a todos. Nuestra recompensa se encuentra en el esfuerzo y no en el resultado.

El Apóstol Pablo al hablar de la libertad con respecto a la ley, no se refiere meramente a las observancias legales y a las ceremonias rituales que practicaban los judíos, sino que además de eso, y, sobre todo, se refiere a la ley en su sentido más general. Se refiere a la ley en cuanto manifestación de la voluntad preceptiva de Dios, cuya expresión culminante es el decálogo. Al hombre justo y tenaz en sus propósitos no le moverán de su firme voluntad ni la exaltación de los malos deseos de la multitud, ni el fiero rostro de un tirano perverso.

Cada vez que te implicas para alcanzar un sueño, corres riesgos. El fracaso, el esfuerzo o la frustración no pueden ser lo que te limite. Debo cerrar los ojos y discernir. El discernimiento de los asuntos trascendentales requiere una condición básica: Que en los creyentes se haya producido en la conversión del corazón que permita una forma renovada de ver y analizar lo que es la voluntad de Dios. Sabemos lo que somos, pero aún no sabemos lo que podemos llegar a ser. Por eso el proyecto de discernimiento e innovación de una persona y su llamado de vida que Dios tiene dispuesto para cada uno llega a conocerse y aceptarse si se dan las experiencias propias de la vida; sólo cuando estas se pasan por el corazón en actitud de disponibilidad se puede escuchar lo que Dios pide a cada uno.

El discernimiento de vida no es posible si antes no se ha trabajado la espiritualidad, que se construye desde las dificultades del día a día, y en ellas también confluye. La lectura de los signos de los tiempos es un elemento imprescindible, tanto para la configuración de la identidad cristiana como para el discernimiento de su vocación de vida. En la Biblia percibimos cómo el Espíritu actúa desde el principio, total y personal, en la persona y la historia de Jesús de Nazaret; por la Pascua de Cristo, este mismo Espíritu ha sido derramado a la Iglesia para que siga haciendo presente la Salvación de Dios en cada comunidad y en cada contexto histórico.

En la Carta a los hebreos, leemos: “Nadie se arroga tal dignidad, si no es llamado por Dios”. En esta expresión se sintetiza el proceso de discernimiento y maduración: La llamada de Dios, la respuesta del llamado y la misión encomendada. De tal manera que la voluntad puede y debe ser un motivo de orgullo mucho más que la aptitud. Por tanto, la persona está llamada a vivir en apertura a la realidad, a los demás y a Dios mismo. A este respecto nos iluminan los relatos de discernimiento y llamados que aparecen en la Biblia.

Al especificar algunos acontecimientos de estos relatos de discernimiento y llamados de Dios en diferentes ocasiones en la Biblia y descubrir ese llamado personal y vivir para cumplirlo, es uno de los más agradables trabajos que se le ha sido entregado al ser humano. Veamos algunas de las particularidades del llamado de Dios para poder discernirlo en nuestras vidas:

a. Isaías

El profeta Isaías es uno de los más grandes de la Biblia, y cuenta sus experiencias con imágenes grandiosas. Él piensa en Dios como un rey poderoso, sentado en un trono y aclamado por sus servidores. Dios es santo, es decir, totalmente justo, honesto, veraz y auténtico. Ante Él, Isaías se siente pequeño, limitado.

“

El año en que murió el rey Ozías, vi al Señor sentado en un trono elevado y alto, y el ruedo de su manto llenaba el Templo. Por encima de Él había serafines. Cada uno de ellos tenía seis alas: Con dos se cubrían el rostro, con dos los pies y con las otras volaban. Y gritaban, respondiéndose el uno al otro: Santo, Santo, Santo es Yahvé de los ejércitos, su Gloria llena la tierra toda. Los postes de piedra de la entrada temblaban a la voz del que gritaba y la Casa se llenaba de

humo. Yo exclamé: ¡Ay de mí, estoy perdido, porque soy un hombre de labios impuros y vivo entre un pueblo de labios impuros, y mis ojos han visto al rey, Yahvé de los Ejércitos! Entonces voló hacia mí uno de los serafines. Tenía un carbón encendido que había tomado del altar con unas tenazas, tocó con él mi boca y dijo: Mira, esto ha tocado tus labios, tu falta ha sido perdonada y tu pecado, borrado. Y oí la voz del Señor que decía: ¿A quién enviaré, y quién irá por nosotros? Y respondí: Aquí me tienes, mándame a mí” (Is 6,1-8).

A través de todos los tiempos, Dios ha llamado y sigue llamando para que guíen a su pueblo. Es normal que se oiga expresar de una persona que tiene vocación para tal o cual actividad: vocación de artista, vocación de médico, de servir, de enseñar o ser consagrado. Con esto lo que normalmente se quiere indicar es que esa persona tiene aptitudes para desarrollar ese trabajo, para el que está particularmente dotado.

A veces no te das cuenta de tus propias fortalezas hasta que te encaras con tu mayor debilidad. Pero el encuentro con Dios lo transforma; el fuego purifica sus labios y, aunque no lo merezca, lo hace digno. Es entonces cuando puede escuchar la pregunta de Dios que le cambiará la vida: ¿A quién enviaré?, y tiene la valentía para decir: Aquí estoy, Señor.

Toda esta vida de profeta comienza en la escena, en la que se revela a Isaías la santidad de Dios y se le elige como mensajero. Es la base de toda la predicación y la teología de Isaías: La admiración ante la absoluta santidad de Dios y, en consecuencia, la conciencia del pecado, intolerable ante Dios. Por esto, el pueblo será castigado y Jerusalén destruida, pero quedará un resto, fiel al Señor, que heredará la Promesa. Este pasaje muestra por tanto el resumen de toda la misión de Isaías, un hombre tocado hasta lo más íntimo por la santidad de Dios y lo intolerable del pecado del hombre.

b. Jeremías

El profeta Jeremías era un sacerdote que vivía en Anatot, unos tres kilómetros al noreste de Jerusalén. Era descendiente de Abiatar el sacerdote e hijo de Hilcías, el sumo sacerdote que encontró el libro de la Ley cuando Josías reinaba. Su tío era Salum, esposo de la profetisa. Probablemente Sapán, Baruc y Hananeel eran compañeros suyos en la juventud, un pequeño grupo de patriotas y santos. Vivió en los últimos 40 años de la monarquía y tuvo la experiencia triste de observar la dolorosa postrimería de la nación descender por el resbaladero que la llevó a Babilonia.

En 1Reyes 22 al 25 describe la época trágica con sus mareas de avivamiento y alejamiento. A la postre tuvo que quedarse a un lado mientras su ciudad amada se lanzó por el precipicio de la muerte y extinción nacional. Comenzando en el año 13 del reinado de Josías, por 40 años profetizó a lo largo de los reinados de los últimos cinco monarcas de Judá y vivió por un tiempo en Egipto, 50 años por todo. Llegó a los ochenta años de vida, y luego llenó un sepulcro en las arenas de Egipto.

Dios levantó a tres varones -todos ellos profetas mayores- en este período crítico; a saber, Isaías, Jeremías y Ezequiel. Cada uno recibió un llamamiento notable. Cada uno se caracterizó por una vida ungi-da, para ser vehículo de comunicación de Dios a su pueblo.

Jeremías es figura del Salvador en sufrimiento; dijeron: Jeremías, o alguno de los profetas; un varón de dolores, profeta de lágrimas. Era de una disposición agudamente sensible y tierna; él mismo necesitaba el amor, pero no le fue permitido casarse. Amaba al pueblo, pero estaba obligado a profetizar desastres; había un antagonismo triste entre su corazón y su mensaje.

c. Amós

El profeta Amós fue uno de los 12 profetas hebreos conocidos como los Profetas menores. Antes de su vocación, Amós fue pastor y la-

brador que apacentaba sus ovejas y cultivaba cabrahígos en Tecoa, localidad de la montaña de Judá, situada a 20 kilómetros al sur de Jerusalén. A pesar de su pertenencia al reino de Judá, Dios lo llamó al reino de Israel, para que predicase contra la corrupción moral y religiosa de aquel país cismático que se había separado de Judá y el Templo. Alguna vez menciona también a Judá y a todo el pueblo escogido. Amós desempeñó su cargo en los días de Ocias (Azarías), rey de Judá y Jeroboam II, rey de Israel.

Nada que valga la pena se consigue fácilmente. Por eso quien quiera conocer a un profeta debe leer a Amós. Porque, aunque su carrera fue muy corta, de apenas pocos meses, sin embargo, fue el iniciador del profetismo escrito en Israel.

Amós se había dado cuenta de la perversión que reinaba en el país. Había descubierto que las injusticias sociales, la mentira institucionalizada, la indiferencia ante el sufrimiento ajeno y la hipocresía religiosa habían carcomido los cimientos de la sociedad, y amenazaban con tirar abajo la estructura ciudadana. Pero su audacia más grande no fue la de anunciar semejante tragedia, sino de anunciarla cuando nada hacía preverlo. Cuando sólo se veía prosperidad y estabilidad económica, en un reino que atravesaba los mejores años de su historia.

Amós tenía el don de ver donde nadie veía. De comprender, iluminado por Dios, que las situaciones aparentemente favorables son falaces cuando están edificadas sobre la pobreza de muchos y el martirio de los desheredados.

[...] Que no puede haber religiosidad sin ética, y que no hay ética sin justicia social.

Denunciando la corrupción religiosa, Amós estaba golpeando el centro neurálgico del reino. Se había atrevido demasiado. Sucedió lo inevitable. Amasías, jefe de los sacerdotes, envió un emisario al rey para informar sobre Amós, diciendo: Amós está conspirando contra ti. Después salió a enfrentar al profeta y le advirtió: “Vete de aquí, vidente. Si quieres ganar el pan profetizando, vete a Judá; pero no pro-

fetices en Betel, porque es el santuario del rey y el templo principal del reino” (Am 7,13). Amós le contestó: Yo no soy profeta, ni pretendo serlo. Soy pastor y cultivador de sicómoros; Dios me sacó de en medio de los animales para que viniera a profetizar. Ahora escucha lo que Dios te anuncia: Tu mujer será ultrajada en medio de la ciudad; tus hijos e hijas serán acuchillados; tu tierra será repartida a otros; tú morirás en tierra extranjera, y los israelitas serán llevados prisioneros lejos.

4. Lo hemos dejado todo

Jesús, con una llamada especial, invitó a algunos israelitas a dejarlo todo -en el caso del rico, a vender sus bienes-, para seguirle, es decir, para vivir con Él y como Él. Era éste un programa de especial perfección, que iba más allá de la perfección del programa de la observancia de los mandamientos. Como reconoció Pedro, el programa propuesto por Jesús al joven rico era semejante al programa especial que les había propuesto a él y a sus compañeros: “Nosotros lo hemos dejado todo y te hemos seguido” (v. 27).

Es obvio, que “recibirá ahora, en este tiempo, cien veces más”: es evidente, que pocos tomamos en serio las palabras de Jesús. No le creemos. No hay otra razón. Y, sin embargo, no dudamos en llamarnos seguidores. Si mucho apremia, agregamos, a nuestra manera. Es que pocos estamos dispuestos a perder la posibilidad de salvarnos.

La aptitud sin esfuerzo solo sirve para divertirse. No tenemos valor para desprendernos de Él, por miedos atávicos que vienen desde nuestros padres, abuelos y aún antes. Queremos tener cada pie puesto en cada una de las alternativas. Aquí, para vivir lo mejor posible, y en el camino, para alcanzar la vida eterna alguna vez.

Es una gran cosa dejarlo todo, pero hay una cosa todavía más grande que es ‘seguir a Cristo’ porque, tal como nos lo enseña la Biblia, son muchos los que lo han dejado todo, pero no han seguido a Cristo. Si.

Seguir a Cristo es nuestra tarea, nuestro trabajo, en esto consiste lo esencial de la salvación del hombre, pero no podemos seguir a Cristo si no abandonamos todo lo que nos impide seguirle. Porque “sale contento como un héroe” (Salmo 18,6), y nadie puede seguirle si lleva una pesada carga.

Pedro, como la cabeza ya destacada de los discípulos saca la cara por ellos a fin de no dejar pasar la ocasión de refrescar al Señor que ellos si habían dejado todo por seguirle, lo que obviamente no era desconocido para el Señor, pero se entiende que Pedro quería hacerlo notar para dejarlo bien establecido, para que no se le fuera escapar al Señor y seguramente porque más de uno de sus hermanos lo codeo para hacer algo que seguramente ya venían conversando desde hacía buen rato.

“He aquí, dice, Pedro, que nosotros lo hemos dejado todo”, no solamente los bienes de este mundo sino también los deseos de nuestra voluntad. Porque no lo ha dejado todo el que sigue atado, aunque sólo sea a sí mismo. Más aún, de nada sirve haber dejado todo lo demás a excepción de sí mismo, porque no hay carga más pesada para el hombre que su propio yo.

¿Qué tirano hay más cruel, amo más despiadado para el hombre que su voluntad propia? Por consiguiente, es preciso que abandonemos nuestras posesiones y nuestra voluntad propia si queremos seguir a aquel que no tenía “donde reclinar la cabeza” (Lc 9,58), y que ha venido “no para hacer su voluntad, sino la voluntad del que le ha enviado” (Jn 6,38).

¿Cuántos de nosotros hemos sido capaces de cumplir con el seguimiento que el Señor exige y que los discípulos practican? ¿No nos parece que conforme nos hemos ido distanciando de aquellos hechos, nos hemos distanciando también de estas exigencias? La mayoría de nosotros practicamos tal seguimiento que resulta sumamente difícil distinguirnos de cualquier otra persona de nuestro tiempo.

Aquella exigencia de la que Pedro y sus compañeros se jactan resulta también figurativa, porque no hay forma que se nos aplique a nosotros que nos consideramos cristianos y no creemos que en realidad nadie siga los pasos de estos locos. Tiene que haber una forma más razonable de interpretar estos textos y de hecho parece que la mayoría la encuentran, porque no conocemos a nadie que se ciña a estas palabras de modo espartano. Ya que, aun con persecuciones, recibirá cien veces más en la presente vida en casas, hermanos, hermanas, hijos y campos, y en el mundo venidero la vida eterna.

Si Dios solicita los servicios de los hombres es para poder conceder sus beneficios de bondad y misericordia a los que perseveran en su servicio. Porque, si Dios no necesita nada, el hombre sí que necesita de la comunión con Dios. La gloria del hombre es que persevere en el servicio de Dios. Por esto, el Señor dijo a sus discípulos: “No me elegisteis vosotros a mí; fui yo quien os elegí a vosotros,” (Jn 15,16) indicando así que, por haber seguido al Hijo de Dios, serían glorificados con Él:

“

Padre, quiero que todos estos que tú me has dado puedan estar conmigo donde esté yo, para que contemplen la gloria que me has dado, porque tú me amaste antes de la creación del mundo” (Jn 17,24).

5. Que cada cual se entregue

Dejad que cada cual se entregue a la práctica de aquella profesión que conozca bien. En la vida cada decisión que tomamos, cada cosa que elegimos, nos exige dejar algo. Al tomar la decisión de ser una buena persona o estudiante, dejamos un poco de lado la vida social; tomar la decisión de ayudar a un necesitado, nos pide dejar de comprar algo para nosotros. Definitivamente no es fácil seguir una vida recta, pero

sin duda alguna, vale la pena. Jesús nos recuerda que todo cuanto dejemos, la alegría a la que renunciamos se nos regresará multiplicada.

Para seguir a Cristo, sólo hay que dar el sí generoso y Dios hará el resto en nuestra vida. Porque al llamar a una persona lo hace en tiempo correcto. El llamamiento de Moisés, por ejemplo, tardó 80 años, sin embargo, el llamamiento de Sansón o de Juan el Bautista fue desde antes que nacieran. No hay esquemas, no hay fórmulas con Dios, sólo principios eternos.

Él es el que llama, y lo hace en su justo momento, a partir de su omnisciencia y sabiduría.

Dios nos llama a todos a ser salvos. Dios no sólo llama en el tiempo oportuno, también llama a la persona correcta según sus designios. En esto Dios suele sorprender tanto a la persona que llama, como a los que observan desde afuera, pues por alguna extraña razón el Señor usa gente que en apariencia no son las adecuadas. Dios rechaza nuestras excusas y nos da una perspectiva diferente.

El Apóstol Pablo, así lo corrobora:

“Dios ha elegido lo que el mundo considera necio para avergonzar a los sabios, y ha tomado lo que es débil en este mundo para confundir lo que es fuerte. Dios ha elegido lo que es común y despreciado en este mundo, lo que es nada, para reducir a la nada lo que es. Y así ningún mortal podrá alabarse a sí mismo ante Dios. Por gracia de Dios ustedes están en Cristo Jesús. Él ha pasado a ser sabiduría nuestra venida de Dios, y nuestro mérito y santidad, y el precio de nuestra libertad. Así está escrito: El que se gloríe, que se gloríe en el Señor” (1Co1,27-31).

Todos hemos sido llamados a la vida sin que hayamos podido merecerla, ni pedirla o proponerla. El llamado de Dios siempre tiene un antecedente divino. No depende de la persona, sino de Dios (Salmo 60,12). No está relacionado con capacidades humanas, sino con capa-

ciudades divinas. No está relacionado con recursos humanos, sino con dones celestiales. Puede que un creyente reciba su llamado desde una trepidante voz audible, o mediante un profundo sentir interior, pero cualquiera que sea la forma, siempre la huella de Dios debe ser notoria.

Se ha vuelto común que alguien que ha sido llamado por Dios, suponga que debe dejar de inmediato su trabajo, o los estudios como si fuera la subyacente exigencia de Dios, pero no necesariamente es así. El llamamiento a un área de servicio, generalmente se puede hacer desde un estilo de vida cotidiano, a menos que Dios mismo indique lo contrario, debido a un plan muy particular. Lo glorioso de Dios es que su llamamiento sobrenatural brilla más porque se produce en vidas normales, que aceptan el reto de vivir por encima de lo natural.

El seguir a Dios en su llamado necesitamos de voluntad y fuerza. Se dice que la voluntad necesita ser educada porque si bien es la capacidad del ser humano de autodeterminación, de llevar a cabo aquello que la inteligencia le presenta como un bien, y que debe ser formada, orientada, porque no nace ya construida, sino que se irá desarrollando y creciendo, haciéndose fuerte a base de entrenamiento en acciones concretas. Vale resaltar que la educación de la voluntad está compuesta de pequeños vencimientos y el llamado de Dios es un ejercicio de la voluntad de cada persona en su propia libertad. Quien tiene educada la voluntad es más libre y puede llevar su vida hacia donde quiera. Hagamos este ejercicio de reflexión, ubicándonos en el maravilloso tiempo presente.

a. Vale la pena

¿Sientes que verdaderamente eres discípulo de Jesús? ¿Amo al Señor con todo mi corazón, con toda mi alma y con todo mi ser? ¿Estoy dispuesto a cargar la cruz junto con el Señor?

Siempre ten presente que: Aquel que cojea, todavía camina. La lucha es hasta el final y sólo tú decides cuando es el fin. Jesús te invita a no rendirte, a no cansarte de hacer el bien. Vale la pena. No importa renunciar a cosas materiales cada día, si tenemos la confianza de que, en el futuro, recibiremos nuestra recompensa. Pero atención, no desesperes por recibir tu premio, la vida no es un trueque: Por ejemplo, hacer feliz a otro o llegarle en el momento oportuno; recuerda hacer el bien por el sencillo placer de hacerlo, no lo hagas por la recompensa.

Jesús nos invita a mirar la cruz. “Con la cruz, Jesús ha abierto de par en par la puerta entre Dios y los hombres”, dice el Papa Benedicto XVI. A sus discípulos: “El que quiera seguirme, que se niegue a sí mismo, cargue con su cruz cada día y venga conmigo” (Lc 9,23). Este es el estilo cristiano porque Jesús ha recorrido antes este camino. Nosotros no podemos pensar la vida cristiana fuera de este camino. Siempre está este camino que Él ha hecho antes: el camino de la humildad, el camino también de la humillación, de negarse a uno mismo y después resurgir de nuevo. Este es el camino.

El estilo cristiano, sin cruz no es cristiano, y si la cruz es una cruz sin Jesús, no es cristiana. El estilo cristiano toma la cruz con Jesús y va adelante. No sin cruz, no sin Jesús.

Jesús ha dado el ejemplo y aun siendo igual a Dios, se humilló a sí mismo, y se ha hecho siervo por nosotros. Él tomó el camino de la Cruz, por el gran amor que tiene por el hombre, Él quiso tomar sobre sus hombros el gran peso que tiene nuestro pecado, porque al asumir el sufrimiento se hacía solidario con el dolor que experimenta la humanidad. La lógica de su enseñanza es la humildad. Con este estilo nos salvará, nos dará alegría y nos hará fecundos, porque este camino de renegarse a sí mismo es para dar vida, es contra el camino del egoísmo, de estar apegado a todos los bienes solo para mí. Este camino está abierto a los otros, porque ese camino que ha hecho Jesús, de alunamiento, ese camino ha sido para dar vida.

¡Qué gran muestra de misericordia de Dios Padre de regalarnos a su Hijo para que tengamos vida!, ¡qué amor más grande el de Jesús al ofrecer su vida por cada uno de nosotros! ¿Puede decirse que hay verdadero amor cuando no hay entrega de uno mismo, cuando no se olvida uno a sí mismo para darse por completo a la persona amada? Si esto lo exigen dos personas que dicen amarse cuánto más lo exigirá Cristo de nosotros. Cristo pone el listón del amor muy alto, hasta el punto de tener que odiar a nuestros seres queridos para seguirle plenamente.

Algunos dejan todas sus posesiones precisamente para seguirle más de cerca, pero seguir a Cristo no es sólo tarea de esos cuantos, sino tarea de todo bautizado. Todos los bautizados por el hecho de ser hijos de Dios están llamados a seguir las huellas de su maestro. Pero para esto necesitamos dejar todo lo que nos impida amar a Cristo. De aquí la importancia de la entrega en el amor hasta el punto de olvidarnos a nosotros mismos para seguir a Dios en nuestros compromisos.

Es frecuente que tendamos a evadir, a huir del sufrimiento, a no enfrentar. La cruz permanece firme mientras el mundo da vueltas. Alguien dijo que Evangelio que no lastima no es Evangelio. Por tanto, a quién no le cuesta tener que renunciar a sus gustos para seguir a Jesús como lo hicieron sus discípulos. Dios elige para su servicio a los que Él quiere, pero también espera una respuesta generosa, decidida y valiente. No hay duda de que aquellos a los que Dios ha elegido para su servicio más los ama y más espera de ellos una respuesta incondicional. Si se experimenta que no se tiene las fuerzas para dejar todos los atractivos del mundo para seguir a Cristo no hay de qué preocuparse porque sólo hay que dar el sí generoso y Dios hará el resto en nuestra vida.

b. Tomar la decisión

Si he sido capaz de llegar hasta aquí soy capaz de seguir adelante. De tomar cada uno su cruz y seguirlo. A través de todas las épocas,

Dios ha llamado profetas para que guíen a su rebaño. El profeta es un testigo especial del Señor que testifica de su divinidad y enseña su mensaje. Un profeta enseña la verdad e interpreta la palabra de Dios; llama a los que no son justos al arrepentimiento y recibe revelaciones y dirección del Señor para nuestro beneficio.

Tome su cruz, y sígame, unas palabras para el profeta que es un hombre llamado por Dios para ser su representante en la tierra. Cuando un profeta habla en nombre de Dios, es como si Dios mismo estuviera hablando. Un profeta puede proceder de varios estilos de vida. Un profeta verdadero siempre es elegido por Dios y llamado por medio de la autoridad correspondiente del compromiso: en vez de tener la actitud que dice, envía a alguien más, adoptemos la actitud que declara: ¡heme aquí, envíame a mí!

Tomar nuestra cruz para seguir a Cristo significa, simplemente, compromiso hasta el punto de renunciar a nuestras esperanzas, sueños, posesiones, incluso nuestra propia vida si es necesario. Quisiera que recordemos que más allá de todos nuestros anhelos y pensamientos, cada uno de nosotros como hijos de Dios tenemos una misión.

En alguna etapa de nuestra vida hemos estado en búsqueda de un propósito y con esto te quiero recordar qué es lo que nos dice Dios en su palabra:

“ Pero ustedes son linaje elegido, sacerdocio real, nación santa, pueblo adquirido, para anunciar las alabanzas de Aquel que los llamó de las tinieblas a su admirable luz” (1Pe 2,9).

El secreto de andar con Jesús es tener la certeza de que yo no sé, pero Él sí. No afectando nuestra condición, Él nos hace un llamado al que a ciencia cierta no calificamos, pero su fidelidad y misericordia nos da acceso a este, el profeta Isaías se revela en su momento como

alguien de labios inmundos que habita en medio de un pueblo con la misma descripción y a pesar de eso Dios trae limpieza y perdón de pecados a su vida.

Al igual que el profeta, hemos sido llamados de tinieblas a luz, y todo esto con un propósito, el cual es anunciar las virtudes de Dios, en Isaías 6,8 luego de que El Señor hace la pregunta: ¿A quién enviaré? ¿Quién irá por nosotros?, Isaías sin cuestionarlo o evaluarlo responde y se compromete a emprender esta labor, podemos ver la determinación del profeta en declarar aquí ‘estoy, envíame a mí’.

Jesús utiliza palabras duras para realidades duras. Esto es lo que hace el amor. Lo contrario se llama consentimiento. Hoy cada uno de nosotros como linaje escogido, real sacerdocio, nación santa y pueblo adquirido por Dios, no nos podemos quedar atrás. Es momento de ir y anunciar las obras maravillosas de Dios en nuestras vidas, es el tiempo de hablar palabras de vida y reflejar su luz en todo lugar.

Solo recuerda: ¿Quién irá?, ¿Quién testificará acerca del amor de Dios a los que están cerca de ti?, ¿Quién anunciará esperanza donde no pareciera que no hay? No dejes pasar la oportunidad, puesto que como vasos de barro llevamos un gran tesoro en nuestro interior.

Asimismo, cuando se trata de servir en la Iglesia, las personas rara vez piden cargos donde pasarán seguros. Generalmente, piden que los involucren en posiciones de liderazgo. No tiene nada de malo presidir un comité, pero Dios nos llama a tener el corazón de un siervo: desea que nuestra motivación sea glorificarlo. A lo largo de los años, hemos tenido muchas conversaciones con jóvenes que estudian teología. Innumerables veces me han expresado el deseo de estar al frente de una Iglesia grandiosa. Y quienes son llamados por una comunidad pequeña luchan con frecuencia con el sentimiento de que no son sustanciales.

Mi palabra de ánimo para ellos es la siguiente: Dios nos pone donde Él quiere que sirvamos, pues nos ama; y en cada tarea que realicemos

debemos darnos por completo, ya sea una sola persona o una multitud la que nos escuche. En última instancia servimos a Jesús, y a Él no le preocupa el reconocimiento que recibamos. Él desea nuestra obediencia y nuestro mejor esfuerzo.

Son muchas las razones por las que el Señor nos llama a servir. Primero, nos libra de la soberbia y la egolatría para que nos enfoquemos en Él. Segundo, proclamamos nuestro amor a Cristo por medio de nuestro interés por los demás. Tercero, Dios prueba y purifica nuestros corazones por medio del servicio.

En consecuencia ¿Cómo define usted el éxito? Con una respuesta común es “el logro de objetivos predeterminados”. Pero la definición de la Biblia es diferente. El Señor desea que descubramos su plan, le obedezcamos y lleguemos a ser todo lo que Él se ha propuesto que seamos.

Concluyamos con esta alabanza que llega muy bien al corazón: Grita Profeta, Vicente Matéu:

Grita profeta

*“Has recibido un destino
de otra Palabra más fuerte
Es tu misión ser profeta:
palabra de Dios viviente.*

*Tú irás llevando la luz
en una entrega perenne
que tu voz es voz de Dios
y la voz de Dios no duerme.*

*Ve por el mundo
anuncia a la gente
que el amor de Dios no acaba
ni la voz de Dios se pierde.*

*Sigue tu rumbo, profeta
sobre la arena caliente
Sigue sembrando en el mundo
que el fruto se hará presente.*

*No callarán esa voz
a nadie puedes temerle
que tu voz, es voz de Dios
y la voz de Dios no muere.*

*Ve por el mundo
anuncia a la gente
que el amor de Dios no acaba
ni la voz de Dios se pierde.*

*Ve por el mundo
anuncia a la gente
que el amor de Dios no acaba
ni la voz de Dios se pierde.*

*Que el amor de Dios no acaba
ni la voz de Dios se pierde”.*

Amén.

